



Hermanas Coscorrón,
AGENCIA DE INVESTIGACIÓN

**El misterio de
las lubinas**
Anna Cabeza



A stylized signature or mark in the bottom right corner of the page, consisting of several vertical and diagonal lines.

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2017, Anna Cabeza, por el texto
© 2017, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera,
por la traducción
© 2017, Toni Batllori, por todas las ilustraciones
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-8343-512-0
Depósito legal: B-1251-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzós, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Hermanas Coscorrón, agencia de investigación

Había una vez tres viejecitas que eran hermanas y se pasaban muchas horas viendo series de televisión. A veces se enfrentaban a misiones muy peligrosas, como intentar colarse en la cola de la carnicería, ganar una partida de dominó en el centro social de la tercera edad o conseguir que las oyeran en plena conversación con un grupo de amigas.

Pero yo las aparté de todo eso... Quiero decir que logré que se levantaran del sofá, que dejaran de hablar un poco, y ahora las tres resuelven misterios muy importantes gracias a «Hermanas Coscorrón, agencia de investigación». Yo las ayudo en todo lo que puedo: me llamo Marcelo y tengo nueve años.

¿Y ellas? ¿Queréis saber cómo se llaman?

Las hermanas Coscorrón



Carmen Coscorrón

Tiene setenta y seis años (pero siempre se quita uno y dice que tiene setenta y cinco; ¡ella es así!). De todas maneras, no engaña a nadie, porque es gemela de Rosalía y todo el mundo sabe la edad de Rosalía. Le gustan las manualidades: teje colchas kilométricas y unas bufandas que sirven para tapan el cuello a seis personas a la vez. Cuando refunfuña, tiemblan hasta las tapas de las cazuelas de la cocina. Es rubia «de bote», bajita y, a menudo, figonea en los problemas de los demás.

Siempre hace cantidades increíbles de comida y cuando dice: «Vamos a picar algo», ¡preparate para un banquetazo descomunal!



Rosalía Coscorrón

¿Hace falta que os diga su edad, si ya sabéis que es gemela de Carmen? ¡Bueno, vale! Os la digo: tiene setenta y seis años y es muy muy coqueta. En cuanto tiene unos minutos de sobra, te hace una camisa o unos pantalones, porque le gusta mucho coser. Habla por los codos, le encanta contar cosas de su familia y enseñar las fotos de un viaje que hizo a la playa de... ¡Uy! ¡Ahora no me acuerdo! Cuando va al gimnasio baila las canciones más modernas, aunque sea la mayor de la clase. Pero después no para de quejarse: que si los huesos, que si el lumbago, que si el dedo gordo del pie...



Ascensión Coscorrón

Nunca se acuerda de los años que tiene (confidencialmente: tiene setenta y cuatro). Como podéis ver, es muy despistada. Está bastante sorda y, por tanto, pone la televisión A TODO VOLUMEN. No es alta ni baja, es..., de estatura mediana. Cuando va a la peluquería, tienen que esconder la laca porque quiere que le pongan litros y litros. Juega a las cartas y al dominó y siempre se queja de algún dolor...

Llora mucho cuando ve su serie favorita en la televisión y se enrolla contando aventuras de todos sus familiares.

Y también os digo algo de mí, que soy un personaje importante en esta historia.



Marcelo

Soy el nieto de Ascensión. Siempre acompaño a las tres a todas partes y no las pierdo de vista, por si acaso. Llevo gafas, tengo el pelo castaño, los ojos azules y soy bastante alto.

Desde que murió mi madre, vivo con mi padre, con mi abuela Ascensión y con las tías abuelas Carmen y Rosalía. Mi padre es músico y, como siempre tiene tanto que hacer, está poco en casa. Continuamente tiene que ir a tocar a un sitio u otro.

Tengo nueve años (sí, ya sé que lo he dicho antes), soy simpático e inteligente (¡sí, de verdad! Si no me digo yo estas cosas, ¿quién me las va a decir?) y siem-

pre colaboro con mi abuela y mis tías abuelas. Os voy a contar lo que hacemos y..., ¡veréis cómo alucináis!

Y ¿cómo puede ser que tres viejecitas inofensivas se hayan convertido en detectives privadas?

¿Comerían algo que les sentó mal y se transformaron?

¿Se darían cuenta de que, con la pensión de jubilación que cobran, no les llega ni para comprar un cacahuete rancio?

¿Alguien les regalaría la colección completa de películas de James Bond y las vieron hasta que el aparato de DVD empezó a echar humo?

¡¡¡Nooo!!! ¡Nada de eso! ¡Lo descubriréis enseguida!

¡Ah! Y antes de que se me olvide: estas «inofensivas» viejecitas detectives tienen unas «armas secretas» que son ABSOLUTAMENTE NECESARIAS para resolver los casos. ¿Queréis saber cuáles son?

Las «ARMAS SECRETAS» (o no tan secretas, porque os voy a decir cuáles son)



Las armas de Carmen Coscorrón

El bastón. Cualquiera diría que es un bastón normal y corriente y que a Carmen le sirve para andar más segura por la calle. Pero, si te portas mal y tienes ganas de líos, ¡preparate a tomar..., jarabe de palo! (Nota: «jarabe de palo» es una expresión antigua, que significa que te van a zurrar de lo lindo.)

La sartén. Carmen es previsora y le gusta llevar una sartén en el bolso, por si hay que freír un huevo o una salchicha donde sea. ¡Nunca se sabe cuándo puede entrarte hambre! Y nunca se sabe cuándo vas a tener que propinarle un «sartenazo» a un delincuente sinvergüenza...

Las agujas de hacer punto. Para tejer jerséis de lana o para abrir puertas, para imitar un arma ninja, para hacer luchas de espadas... ¡Guardaos de las agujas de hacer punto de Carmen!

Las pantuflas viejas. Parecen inofensivas, vienen bien cuando se te cansan los pies..., pero, si Carmen se enfada, pueden pasar dos cosas: o te desmayas por el tufo o te caes redondo por el impacto cuando te dan en la cabeza. ¡O las dos cosas a la vez!

Las armas de Rosalía Coscorrón

El perfume anestésico. Rosalía lleva un perfume caducado en el bolso y nunca se acuerda de tirarlo. Hay sospechas fundadas de que lo fabricaron hace tres siglos. Rosalía lo usa como bomba de humo anestésica para aturdir a los delincuentes.

La cámara fotográfica digital. Una cámara digital con una tarjeta de memoria para 900 fotos en manos de Rosalía es un peligro. Da la paliza a todo el mundo enseñando fotos de sus excursiones. ¡Imposible escaparse! Y si haces cosas malas y pretendes que nadie se dé cuenta, lo tienes claro: seguro que apareces en alguna de sus imágenes.

El neceser de costura. Las agujas y los alfileres no solo pueden servir para zurcir unos pantalones... En manos de Rosalía son armas poderosas de destrucción masiva. ¡Sí! ¡No os riais! ¡Si os sentáis en el sofá y se ha caído alguna por allí, sabréis lo que quiero decir!

El bizcocho tóxico. Todas las abuelas que se precien tienen su receta predilecta de cocina. La de Rosalía es la torta de crema. Lástima que la crema caducara el año 1989...

Las armas de Ascensión Coscorrón

Los collares de bisutería. Las cuentas de los collares desparramadas por el suelo se convierten en una trampa resbaladiza para los malhechores que se dan a la fuga. ¡Peor que bailar descalzo sobre hielo!

El abrigo de piel sintética. A Ascensión le regalaron un abrigo de piel sintética (¡porque ella no quiere hacer daño a los animales bajo ningún concepto!). Pero hay que andarse con cuidado: un abrazo demasiado amoroso de Ascensión cuando lleva el abrigo puesto puede dejarte KO por asfixia.

El bolso. Acumula tantas cosas dentro que, si te pega un bolsazo, estás apañado: te caes al suelo sin sentido.

La dentadura postiza. El arma perfecta para morder a distancia.

¡Y ahora sí! Comienza el segundo caso de...

las Hermanas Coscorrón,

Agencia de
investigación





1. ¡La agencia Coscorrón, en marcha!

La inauguración de «Hermanas Coscorrón, agencia de investigación» fue todo un acontecimiento en la ciudad. Aparte de la información que se publicó en la prensa y en la radio, *El sofrito rosa*, el programa del corazón de la tele local, también dio la noticia. Carmen, Rosalía y Ascensión acudieron a los estudios emperifolladas para la ocasión y se dejaron entrevistar por la conocida periodista Cuca Karademonia. Bueno, «se dejaron entrevistar» no sería la expresión más adecuada para definir lo que pasó. Mejor os dejo una muestra:

Cuca: Bienvenidos a una nueva edición de *El sofrito rosa*, el programa que os cuenta las intimidades de cualquier persona sospechosa de ser famosa. Un programa que, si no dispone de información auténtica,

se la inventa, y aquí paz y después gloria... Hoy, con nosotros, tres hermanas que acaban de montar una agencia de detectives, aunque, por la edad, tal vez deberían dedicarse a hacer viajecitos con un grupo de jubilados. ¡¡¡Ja, ja, ja!!! ¡Son Ascensión, Carmen y Rosalía Coscorrón! ¡Un aplauso para ellas!

Plas, plas, plas, plas (ruido de aplausos en lata).

Cuca: ¿Cómo se decidieron a emprender esta aventura, ahora que son viejecitas?

Rosalía: Niña, ¿tú eres Cuca Karademonia? Me parece que te han hecho fatal la cirugía estética.

Ascensión: Te han dejado los labios como salchichas de Fráncfort recauchutadas.

Carmen: ¿Has dicho salchichas de Fráncfort? A mí me parece que tiene cara de rape descongelado...

Ascensión: En esta tele, ¿a qué hora ponen la serie?

Rosalía: Niña, ¡ese vestido te hace bolsas por todas partes!

Carmen: Pues, ya ves: hablando de salchichas de Fráncfort y de rape... ¡Me han entrado ganas de hacer algo de comer!

Cuca: Hummm... ¡Vamos a publicidad y volvemos dentro de cinco minutos!

Como es obvio, la publicidad duró mucho más de cinco minutos y, al volver, la entrevista televisiva si-

guió por el mismo derrotero. ¡Pobre Cuca! Al parecer, se le deshincharon los labios de golpe y ha tenido que pedir la baja por estrés...

Pero, aparte de la propaganda que les hicieron en los medios de comunicación, las Coscorrón quisieron dar una fiesta en casa e invitaron a todo el vecindario. Yo ejercí de maestro de ceremonias, que es una manera fina de decir que abría la puerta cada vez que sonaba el timbre y acompañaba a los invitados a nuestro escueto comedor. Vino tanta gente y estábamos tan apretados que, en determinado momento, me dio la sensación de que el canapé que me estaba comiendo lo mordisqueaba también la dentadura postiza de Ascensión...

Las hermanas se engalanaron para recibir a sus invitados. Bueno, unas más que otras. Rosalía se puso tantos collares, anillos y pulseras que parecía que se le había caído encima el escaparate de una tienda de bisutería. Carmen preparó tantas cosas de comer que las personas que acudieron tardaron una semana en volver a ingerir alimentos. ¡Ah! Y Ascensión soltó tales lagrimones de emoción que la gente se preguntaba si teníamos goteras.

La alegría de los vecinos era palpable.

–¡Me encanta! ¡¡Me ENCANTA!! ¡¡¡ME ENCANTAAA!!! –exclamó Margarita, y dejó sorda a la mitad de la concurrencia.

–¡Gué fieshta tan egstgaogdinagua! –dijo Ambrosio, un famoso dibujante que vive tres portales más allá del nuestro. (Traducción: «¡Qué fiesta tan extraordinaria!», porque tenía la boca tan llena de canelones de setas que casi no podía tragárselos).

–¡Ay, sí! ¡Qué mono está todo, qué guay, qué chic, qué *cuqui* y qué *fashion*! –dijo Modesta, la dueña de la copistería de la esquina, que nunca le hace honor a su nombre.

–Oye, mira, me llevo esta bandejita de bocadillos de patatas fritas, porque veo que no se los come nadie –dijo Roque, el reciclador oficial del barrio.

Hasta el inspector Lamuela se dejó caer por la fiesta. Estaba un poco más calvo que la última vez que las Coscorrón lo habían visto: ahora tenía una especie de islote tan perfecto en la coronilla que solo le faltaba una palmera.

–La agencia tiene que ser legal, ¿eh? ¡Todo muy legal! ¡La ley está para cumplirla! –decía sin parar, aunque nadie le prestaba atención.

Y hubo otras sorpresas, como la visita de un líder político de la ciudad, que se olió la posibilidad de captar nuevos votantes y se acercó como las moscas a la miel.

–¡Qué gran iniciativa para la cohesión ciudadana dentro del ámbito de la convivencia social en el marco de una labor de revitalización que implica al tejido asociativo en pro de un objetivo *sine qua non* y *urbi et orbi*! –dijo Joque Plasta, líder del PUF (Partido Unido Federado).

–Pero ¿qué dice este tío? ¡No hay quien lo entienda! ¡Hala, fuera de aquí, que se han acabado los canapés! –le soltó Carmen, que, cuando ve a un político a menos de cien metros, sufre ataques repentinos de urticaria profunda.

En fin, que la fiesta fue un exitazo. Yo me lo pasé en grande. Ya me imaginaba un futuro lleno de misterios por resolver, con gente haciendo cola en la calle para proponernos casos superinteresantísimos, y los del *New York Times* presentándose para pedirnos un reportaje en exclusiva... Cuando se marchó todo el mundo y pude volver a encajarme la mandíbula en su sitio de siempre, sonreí, encantado de la vida.

Poco podía imaginarme que el primer caso «profesional» no sería tan fácil..., ni que a partir de ese caso llegaría otro, todavía más difícil..., ni que la cosa se complicaría hasta límites estratosféricos...

